

LAS CONFESIONES DE UN PIRATA

Por Orlando Mazeyra Guillén

Una tímida jovencita, al percatarse de que él está a poco menos de un par de metros de distancia, se queda corta, casi paralizada. Parece no contar con el valor suficiente como para acercarse y pedirle un autógrafo. Entonces ella, con una mirada cómplice, envía a su solícito enamorado. «Yo no firmo piratería», responde de manera tajante y, con una mueca de molestia, devuelve intacto un ejemplar de *Travesuras de la niña mala* que debe de haberle costado algo más de diez nuevos soles, pues es idéntico al que tengo en mi habitación.

Me consterna la honda decepción de la muchacha, pues yo podría haber estado (como lector sin duda estoy) en su lugar: soy un hijo de las piraterías libresco, informática, musical y cinemera. Por cierto, no lo digo con orgullo, aunque tampoco con vergüenza; pues hay mucha gente en las redes sociales que, por ejemplo, arma caravanas para ir a Polvos Azules a conseguir las mejores películas clásicas y del momento... y cuando escriben sobre la piratería la condenan con especial énfasis. El viejo doble rasero. Por eso sólo pido una cosa: que lance la primera piedra el que esté libre de pecado.

Sin embargo, aquella noche arequipeña no tenía tiempo para perder en divagaciones de esta índole, pues, por suerte, traía conmigo un ejemplar original de *García Márquez: historia de un deicidio*. Entonces traté de abrirme paso entre los libros estirados y abiertos de par en par, los lapiceros que buscaban llegar a sus ancianas manos y, por supuesto, las ganas desenfrenadas de poder alcanzar al novelista más talentoso que hayan conocido estas tierras.

Todavía no había ganado el Nobel. Luego todo sería mucho más complicado.

«Es un libro muy importante para mí», le dije, ganando por la chismografía, con un vago afán provocador, y lo abrí precisamente en donde aparecían los apellidos del genio literario de Aracataca: García Márquez. «Este es un libro muy especial», apostilló él, con una media sonrisa, algo forzada, que tal vez escondía la verdadera historia del puñetazo más famoso y amarillista de la literatura hispanoamericana. Mientras él terminaba de estampar sus iniciales, lo miré a los ojos, traté de escudriñarlo sin éxito. Recordé los bellos diarios personales de Ribeyro, *La tentación del fracaso*, y me convencí de que Julio Ramón dio en el clavo cuando, refiriéndose a Vargas Llosa, anotó esa «afabilidad, una cordialidad fría, que establece de inmediato (siempre ha sido así, me doy cuenta cada vez más) una distancia entre él y sus interlocutores». Exacto: es un hombre fríamente cordial que parece proyectar una tranquila certeza: haberlo visto todo. O casi todo. No obstante, no se agota: tiene una curiosidad inconmensurable. Si intentas descifrarlo, descubrirás que él hace lo mismo contigo y te ha ganado por puesta de mano. Entonces me dejo sumir por el estimulante convencimiento de que estoy con el sujeto que me abrió las puertas de la narrativa con sus libros; en otras palabras, me cambió la vida: «¿cómo se hace para llegar tan lejos?». Él ya está cansado de esa y otras interrogantes que rayan en el lugar común. Pero cumple su libreto, casi puedo adivinar su respuesta: «Trabajo, más trabajo, ¡mucho esfuerzo!». Es así como se forjó, emulando a Flaubert, trabajando obsesivamente, leyendo con lápiz y papel a William Faulkner: el genio no nace, se hace. Vargas Llosa es una muestra palpable de lo que pueden lograr la dedicación, la pasión y la testarudez entendida de la mejor manera: «Es usted un maestro». Terminó con otro lugar común, con otra verdad grande como la Biblioteca Regional que lleva su nombre.

«Abrió los ojos a las cuatro de la madrugada y pensó: ‘Hoy comienzas a cambiar el mundo, Florita’. No la abrumaba la perspectiva de poner en marcha la maquinaria que al cabo de unos años transformaría a la humanidad, desapareciendo la injusticia». El comienzo de *El Paraíso en la otra esquina* (2003), es

una invitación a imaginar el instante en que Vargas Llosa se dijo a sí mismo, con una convicción a la altura de su talento: hoy comienzas a cambiar la literatura (que es una forma virtual de cambiar el mundo, nuestro mundo, fabricando uno paralelo que figonee sin pudores lo mejor y lo peor que llevamos en las entrañas). Y lo hizo añadiendo ingredientes capitales: ira descomunal, rigor de entomólogo, asco perentorio, resentimiento, nostalgia, crítica. Muy a su manera —heredero de Faulkner, Flaubert y, a veces a pesar suyo, de Sartre— es un continuador de primer orden de «la tradición de ese invisible linaje de contadores ambulantes de historias», pues la literatura, el oficio ancestral de contar relatos, desboca su corazón **«con más fuerza que lo hayan hecho nunca el miedo o el amor»** (*El hablador*, 1987).

Muchos hablan del discurso de aceptación del Nobel y de su sentido (y sensiblero) homenaje a Patricia Llosa, su laboriosa exesposa. Sin embargo, yo sigo extrañando al novelista incandescente, al perturbador consumado, que, al recibir el Premio Rómulo Gallegos, leyó en Caracas el que seguramente será el mejor discurso que escribió en toda su vida (aquel que lo sobrevivirá como muchas de sus novelas): «La literatura es fuego, que ella significa inconformismo y rebelión, que la razón del ser del escritor es la protesta, la contradicción y la crítica. Explicarles que no hay término medio: que la sociedad suprime para siempre esa facultad humana que es la creación artística y elimina de una vez por todas a ese perturbador social que es el escritor o admite la literatura en su seno y en ese caso no tiene más remedio que aceptar un perpetuo torrente de agresiones, de ironías, de sátiras, que irán de lo adjetivo a lo esencial, de lo pasajero a lo permanente, del vértice a la base de la pirámide social. Las cosas son así y no hay escapatoria: el escritor ha sido, es y seguirá siendo un descontento. Nadie que esté satisfecho es capaz de escribir, nadie que esté de acuerdo, reconciliado con la realidad, cometería el ambicioso desatino de inventar realidades verbales. La vocación literaria nace del desacuerdo de un hombre con el mundo, de la intuición de deficiencias, vacíos y escorias a su alrededor».

Entonces cometo el indecoroso acto de convencerme de que (en un país como el mío donde un original de *Conversación en La Catedral* cuesta el décuplo del precio de una edición pirata) sin piratería, sus libros jamás habrían de llegar a mis manos. En suma: la llama —el fuego que es la literatura—, sin proveedores ni medios adecuados, jamás habría de encenderse. Sin los puestos piratas del centro de la ciudad no hubiera podido ser lo poco que soy como lector. Presumo que eso al autor de *La Casa Verde* no debe importarle nada; mi confesión no debe moverle siquiera un pelo de su nivea cabellera. Pero a mí sí me importa tanto como lo que cada uno de sus libros me enseñaron, me hicieron un subversivo de la realidad, me pusieron contra todos, contra mí mismo, «contra Dios, contra la creación de Dios que es la realidad. Escribir es una tentativa de corrección, cambio o abolición de la realidad real, de su sustitución por la realidad ficticia que el novelista crea. Este es un disidente: crea vida ilusoria, crea mundos verbales, porque no acepta la vida y el mundo tal como son (o como cree que son). La raíz de su vocación es un sentimiento de insatisfacción contra la vida: cada novela es un deicidio secreto, un asesinato simbólico de la realidad».

Escribir como único —válido, legítimo, irrenunciable— homenaje al mejor contador de historias nacido en estas tierras y que deambuló por el mundo haciendo de su historia, muchas historias. Escribir como si se nos fuera la vida en ello, aun a riesgo de que no seamos tan magníficos y memorables asesinos (de la realidad) como Mario Vargas Llosa.